

Lecturas



Los hermanos Robert y John F. Kennedy, ante una imagen de Fidel Castro. LOT

Los Kennedy, Castro y la mafia

Antonio Manzanera ofrece una verosímil versión del asesinato del presidente de Estados Unidos en el trepidante thriller 'La suave superficie de la culata'

SALVADOR RODRÍGUEZ

Vicenzo Santino, un pistolero de la Cosa Nostra con serias aspiraciones de convertirse en un capo de los grandes, muestra su sorpresa al enterarse de que su adelantada salida de prisión, en la que cumple una condena de quince años por asesinato, se debe a un permiso especial concedido por el mismísimo Robert (Bobby) Kennedy, fiscal general del Estado, hermano del presidente y, hasta donde el gánster creía saber, enemigo declarado de la mafia. Su asombro crece cuando le informan de la razón por la que ha sido puesto en libertad condicional: los Kennedy quieren que asesine a Fidel Castro y, además, como los servicios secretos norteamericanos ya lo han intentado casi todo (incluida la fallida invasión de Bahía Cochinos) le recomiendan que, para acabar con la vida del líder revolucionario cubano, recurra a envenenar su comida. Pero Vicenzo es un tipo que ha aprendido a mantener la serenidad y, además, la misión no le parece ni mucho menos imposible: conoce a gente en Cuba que está dispuesta a hacerlo, y a ellos piensa recurrir...

Este es el punto de arranque de *La suave superficie de la culata*, la nueva novela de Antonio Manzanera, quien ya sorprendió en su debut literario, *El informe Müller*, en el que hurgó en la misteriosa figura de quien era el director de la Gestapo a finales de la II Guerra Mundial, Heinrich Müller, cuya sospechosa conducta en los últimos días del bunker de Hitler propició el tejido de una leyenda que llegó al punto de hacer pensar que Müller vivió hasta la edad de 90 años con residencia en algún país de Sudamérica.

No es fácil abordar el atentado contra JFK y decir algo nuevo o, al menos, interesante cuando se cumplen 50 años de aquel magnicidio

Todavía hoy no se sabe la suerte que corrió aquel siniestro dirigente nazi: ¿Fue asesinado en el Berlín ocupado? ¿Logró escapar y vender su secreto al servicio secreto soviético? ¿Intentó venderlos a la Inteligencia americana y/o inglesa? ¿Consiguió llegar a Sudamérica, el paraíso de los criminales de guerra alemanes? Basándose en una

pormenorizada investigación que incluyó el acceso a los archivos británicos desclasificados, Manzanera dio una versión tan verosímil del destino de Müller que, a los lectores casi no nos quedó más remedio que creerlo o, al menos, considerar muy seriamente que, en efecto, todo sucedió tal cual lo cuenta Antonio Manzanera.

El mismo efecto es el que ha conseguido el escritor murciano en *La suave superficie de la culata*. Somos conscientes de que se trata de una novela, de que es una ficción, una versión, pero lo que cuenta está tan bien apoyado en hechos reales que, bueno, tal vez a Kennedy lo asesinaron así y por esos motivos (por supuesto, no lo vamos a revelar en estas líneas).

Abordar el asesinato de John F. Kennedy y decir, aunque sea desde la ficción, algo nuevo o que, al menos, interese, no es un reto fácil, aunque la ocasión del 50 aniversario del atentado (22 de noviembre de 1963) parezca de lo más propicio.

No es nueva, tampoco, la teoría de la implicación de la mafia en el magnicidio, pero Manzanera, a riesgo de simplificar la información que ofrece de la Cosa Nostra (que a su vez ha generado una literatura propia, empezando por *El padrino* de Mario Puzo, y hasta un subgénero cinematográfico) opta por explicar, muy didácticamente, en qué estado se hallaba esta organización criminal a principios de los años 60 del siglo pasado, cuando la Ley Seca quedaba muy lejos y los viejos *capo di capi* (los padrinos) cedían sus poderes a una nueva generación que, salvo excepciones, se esmeraba en dar una imagen de *limpieza* en sus *negocios*.

¿Y cuál era la situación de la Cosa Nostra en 1963? A ello vamos, porque Manzanera lo explica muy bien. En esa altura, la Mafia italiana se dividía, básicamente, en cinco grandes familias: cuatro de ellas tenían como sede Nueva York y una Chicago. Las reglas se respetaban, más o menos, entre los diferentes clanes al servicio de las familias, pero pronto surgieron motivos para la discordia. Por una parte estaba la emergencia de Las Vegas, la ciudad del juego, que proporcionaba cuantiosos dividendos a los propietarios de los casinos/hoteles. Por otro, un mercado de las drogas en el que, mientras la vieja guardia se resistía a entrar, los jóvenes e impulsivos nuevos capos no tenían tantos prejuicios. Y un tercer elemento, sobre el que se ha escrito de todo: en la Cuba de Batista la Cosa Nostra campeaba a sus anchas, pero con el triunfo de Fidel Castro las cosas habían cambiado. Ahora bien: ¿Hasta qué punto habían cambiado? ¿Es que acaso Fidel fue capaz de desterrar de un plumazo a todos los clanes que operaban en la isla, algo que no había conseguido la poderosa Administración norteamericana en su propio territorio? ¿No resulta creíble pensar que Castro pactó en secreto con, al menos, una o dos de aquellas familias?

Y qué decir de los Kennedy. Está probado, con hechos, que la Cosa Nostra, vía el patriarca de la familia, financió gran parte de la campaña presidencial de JFK pero, claro, en cuanto trascendió a la opinión pública, los hermanos Kennedy, con Robert como brazo armado desde la Fiscalía del Estado, emprendieron una (presunta o no) cruzada contra la Cosa Nostra... y de ahí la extrañeza de Santino al conocer que debía su libertad condicional al propio Robert. Y, hasta aquí hemos llegado, para saber lo que sucedió después, lean *La suave superficie de la culata*.



La suave superficie de la culata

ANTONIO MANZANERA

Editorial Umbrial
320 páginas